

Desde joven, el poeta se destacaba...

Por Manuel Vargas



Hace 27 años, Humberto Quino entró al Curso Básico de la entonces llamada Facultad de Filosofía y Letras..... Como ven, estamos en tren de recordar, es decir, en la edad de aceptar el paso del tiempo, y éstos ya son otros.

Bueno, entramos. Cada uno con su mundo a cuestas. No sé si fue Pedro Shimose, el profesor de Introducción a las Letras, o Luis Ossio, de Historia quien nos dio un trabajo en grupo, y tuvimos que ir a la casa de una señora algo mayor que nosotros. Y no sólo eso: bastante diferente a nosotros en cuanto a la ubicación de la casa, los muebles, los estilos de vida..... Fue entonces cuando escuché y vi por primera vez a Humberto Quino. Mientras nuestras compañeras, las señoras y algunas señoritas, se sentaban sobre sus almohadones tirados en el suelo impecable y se preguntaban cómo enfrentar el bendito trabajo en grupo, otros cuantos echábamos mano de nuestras lecturas de más allá del colegio para impresionarlas, impresionados ante la finura de los muebles y los cortinados. Digo, por lo menos en cuanto a mí; habría que preguntarle a Humberto qué cosa era lo que más miraba cuando hablaba de Herbert Marcuse y de algún otro autor extraño que dejaba a las damas con la boca abierta.

La verdad es que ahora no podría identificar a esos "otros cuantos" que estaban con nosotros. Sólo recuerdo, y hasta los veo de vez en cuando, a Humberto Quino y a la señora dueña de casa. Entonces podríamos concluir: Desde joven, el poeta se destacaba y se hacía notar por su verba y su pasión intelectual...

Me presentó a algunos de sus conocidos, quienes hasta ahora parece que se han quedado en el trotskismo si no en alguna gama del katarismo, o en diferentes ramas del comercio, del anonimato o de la política criolla. Pero en ese momento había que hacer una revista literaria. O quien sabe qué otras intenciones más tendría el poeta; la cosa que es me veo con él -¿y con alguien más?- en un colectivo rumbo al Alto. Y nos reunimos entre varios tomando papayas, y la casa en nada se parecía a la de la señora del trabajo práctico. Y después, no sé si ya fui a la casa del poeta por la avenida Buenos Aires, pero de pronto salió la revista Humus Literario con encendidos manifiestos, obviamente escritos por el susodicho.

Después, él siempre se encargaba de los manifiestos. Pero entonces ya nos peleamos. O mejor dicho, yo observada las peleas entre el "anarquista" y sus seguidores, y los "realistas socialistas" de la revista Trasluz: Bascope, Nisttahuz, Arandia y Vargas. Claro que el poeta estuvo al comienzo en Trasluz, pero seguramente vio en ésta algunas movidas del Kremlin y se alejó, dejando en la revista -si no me falla la memoria- el título de una sección: El ruido del alfabeto.

Luego la pelea verbal se puso un poco más divertida, resultado de lo cual, quedó un simpático texto, que para algunos es el primer cuento de Humberto Quino, llamado "Jaime Covadonga".

Lo demás ya es presente, a no ser que les cuente una anécdota de éstas que le gustaría recopilar a don Antonio Paredes Candia.

Caminando por un mercado de un pueblo del valle alto de Cochabamba, íbamos yo y el flamante director del Centro Portales, un suizo de nombre Ernesto. Por aquí y por allá, artistas y poetas. Ernesto dijo algo así: Ah, lo que me gusta de estos mercados, es el color de las frutas y las verduras. Y yo le dije seguramente: Cierto, es muy lindo. Pero recién me doy cuenta que hay un tercero que se nos iguala y, a nombre de los nativos, dice: A nosotros lo que más nos gusta es el color del dinero.

Ese tercero, no podía ser otro que Humberto Quino.

Para qué hablar de las largas farras en los boliches y en nuestras respectivas casas, las locas aventuras de tantos otros viajes, desde los cafés madrugadores en el mercado Rodríguez, pasando por unas cervezas en el Prado de Cochabamba, hasta el cuarto compartido en el país del Mapocho, cuando Humberto llegaba a las cinco o seis de la mañana, después de haber dado algunos instructivos a los jóvenes poetas chilenos, y yo tenía que levantarme a abrirle la puerta. Y en fin, su desesperación, a los cinco o seis días, por volver a su dulce hogar del altiplano, porque a fin de cuentas, el poeta, que no se arredra ni se calla ante ningún héroe del mal, es un sencillito ser humano que -bajo cualquier circunstancia- se desvive por llegar al puerto seguro de su Chuquiago de hojalata, por no decir al regazo de su amada esposa.

Manuel Vargas (Vallegrande - 1952), narrador contemporáneo, radica en la ciudad de La Paz.

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR: Luis Urquieta Molleda
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez
Edwin Guzmán Ortiz
Benjamín Chávez Camacho
Erasmus Zarzuela C.
COORDINACION: Julia Guadalupe García Ortega

Zona Franca Oruro, con nuestra Cultura